



DOMINGO 3 DE ADVIENTO A

LOS CIEGOS VEN, LOS SORDOS OYEN, LOS LEPROSOS QUEDAN LIMPIOS.

JESUS ASEGURA QUE CON EL HAN LLEGADO LOS TIEMPOS MESIANICOS, ANUNCIADOS POR ISAÍAS. TIEMPOS DE ALEGRÍA.

JUAN BAUTISTA CIERRA. JESUS ABRE. JUAN BAUTISTA NO TIENE, COMO SUS DISCIPULOS, ENVIDIA DE JESUS.

SI DE LA ENVIDIA PASAMOS LOS CRISTIANOS A LA CARIDAD, EL SEÑOR HABRÁ HECHO UNA OBRA MAYOR QUE ABRIR LOS OJOS A LOS CIEGOS O RESUCITANDO MUERTOS.

1. Asolado constantemente por la guerra, el pueblo de Israel ha conocido derrota tras derrota. Jerusalén ha sido destruida, el Templo profanado, y el pueblo deportado a Babilonia, condenado a trabajos forzados. Isaías medita y ora, escucha a Dios, e inspirado y excitado por El, invita al pueblo, desalentado y herido, a que se ponga en camino en busca de su Dios Salvador. El libro de la Consolación es una vigorosa predicación de esperanza: ¡Vendrá un tiempo de felicidad total, en el que Dios salvará a su pueblo! Como el Profeta es poeta, sus

versos están llenos de imágenes. Saldrán desde Babilonia hacia Jerusalén, como los hebreos que salieron de Egipto. Revivirán el Éxodo. Atravesarán el desierto. Y sus ojos verán con asombro la transformación de la naturaleza: El desierto verde y florecido, sembrará una flor de narciso. Será tan verde como el Líbano, tan hermoso como el Carmelo, tan oloroso y perfumado como el Sarón. A la belleza del paisaje, añade Isaías, personificando el desierto, el sentimiento de alegría de las personas que vivan esa glorificación. Pero siempre hay gente desalentada, a quien hay que estimular. Las personas mayores dicen: Ya no tenemos fuerzas para emprender el viaje. Estamos ya enganchados a la adicción, que forma una segunda naturaleza en nosotros. Ella es la que nos domina, aunque sabemos que, cuando la hayamos satisfecho, nos dará dolor. Pero no podemos vivir sin ella. Es lo que le ocurría a San Agustín: "Me atormentaba en mi cautividad en gran parte y con vehemencia la costumbre de saciar mi insaciable concupiscencia" (Confesiones, VI,12, 22). Es necesario el estímulo del Profeta. Y el Profeta les enardece: "Fortaleced las manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes, decid a los cobardes, sed fuertes, no temáis" Isaías 35, 1.

2. Hoy nos exhorta la Palabra a la alegría: Estad siempre alegres. Sí. Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres (Filipenses, 4,4-5). La alegría invade sigue resonando. "Desbordo de gozo con el Señor, y me alegro con mi Dios". "Hermanos: Estad siempre alegres". La felicidad. Todos quieren ser felices. Schiller y Beethoven en el Himno a la Alegría de la Novena Sinfonía, lo subliman. El Evangelio es un largo himno a la alegría, pues evangelio significa es feliz noticia, anuncio de alegría. Pero la alegría realista, no romántico y color de rosa, la alegría de la mujer embarazada cuando ve a su hijo en brazos ha tenido que pasar un tiempo de molestias, limitaciones en la comida, en el vestido, en los viajes. Sin embargo, no es un tiempo de tristeza, sino de alegría, porque se mira adelante, se pregunta el momento del nacimiento. ¡No hay rosa sin espinas! En el mundo, placer y dolor se alternan indeclinablemente. El hombre busca desesperadamente aislar el placer del dolor. Inútilmente. El propio placer desordenado se transforma en amargura, o de repente o lentamente por la incapacidad de duración y el agotamiento o el aburrimiento. Las drogas, el abuso desenfrenado del sexo. Lucrés, poeta pagano canta: "Un no sé qué de amargo surge de lo íntimo de cada placer nuestro y nos angustia incluso en medio de nuestras delicias". Hay una alegría secreta y profunda que consiste en la espera. La espera del Señor en el mundo es la más pura de la alegría. La alegría más intensa es la del sábado. La fiesta que el cristiano espera no durará sólo algunas horas, para cambiarse tristeza y tedio, sino que durará para siempre. "Vosotros, lloraréis y gemiréis, mas el mundo se gozará; y vosotros estaréis tristes, mas vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer cuando pare está triste, porque viene su hora: mas cuando ha parido un niño, ya no se acuerda del apuro por el gozo, de que ha nacido un hombre en el mundo. Pues también vosotros ahora ciertamente tenéis tristeza, mas otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazón y ninguno os quitará vuestro gozo" (Jn 16, 16).

3. La visión de Isaías, se está cumpliendo ya hoy en Jesús, según nos dice Mateo: A Juan le llegaban noticias en la cárcel, de la predicación y

de los milagros de Jesús, y se alegraba. En el evangelio de Juan, que complementa las noticias que del Bautista nos ofrece Mateo, se manifiesta el gran desprendimiento del Bautista: Había señalado ante sus seguidores a Jesús: "He ahí el Cordero de Dios. Lo oyeron dos discípulos y siguieron a Jesús" (Jn 1,36). Y sigue Juan en el capítulo 3,26: Los discípulos de Juan le dijeron, envidiosos, a su maestro: Jesús bautiza y todos acuden a él. Y Juan contestó: "Yo no soy el Mesías, yo no soy el esposo, sino el amigo del esposo. Pero el amigo del esposo, que está a su lado y lo oye, se alegra mucho con la voz del esposo. Así que mi gozo es completo. El debe crecer y yo menguar".

4. Dicen que el pecado nacional de España es la envidia. Y resulta que casi nunca el que tiene envidia se da cuenta de que la tiene, o no lo quiere reconocer, porque es un vicio muy poco elegante. Con facilidad se reconocen otros vicios más groseros, y se tiene a gala tenerlos, y hasta se alardea de tenerlos, pero hay mayor resistencia a confesar la envidia, porque indica ruindad de ánimo y mezquindad. A mí siempre me pareció imposible que los de arriba envidiaran a los inferiores, pero cuando leí a Unamuno, lo empecé a creer. Dice Unamuno que la envidia, parece mentira, se encuentra más entre los triunfadores. Se entiende con facilidad que el segundo envidie al de arriba. Pero se comprende menos que el de arriba envidie al de abajo. O el superior al inferior. Y si se observa bien, se comprueba que sucede así. ¿Por qué? Porque el que está arriba no está seguro de que haya alcanzado ese puesto con justicia; probablemente, casi siempre ha habido chanchullos. De ahí que secretamente tema que se descubra la menor capacidad y, que le desasosiegue la suplantación, en efectivo, o en comparación, (el caso del rey Herodes); consiguientemente, que la inseguridad produzca envidia. Que, a su vez, engendra tristeza de la prosperidad de los demás. Por otra parte, la sociedad está organizada en forma de competición, por cuya razón el otro es considerado como jugador del equipo contrincante. Y de la envidia se pasa al resentimiento, y a encontrar siempre el "pero". Si, pero... La envidia pretende que la medida de los demás sea inferior a la mía, hasta llegar a la degeneración de la raza. "El brillo sólo el mío".

5. El envidioso no encuentra compensación en su pecado. Todos los vicios tiene su compensación placentera. La envidia, no, sino todo lo contrario. Siempre está desabrida, triste, macilenta. Es el pecado "amarillo", que se ceba antes en las propias entrañas que en la fama del vecino. "La envidia abrasa el corazón, seca las carnes, fatiga el entendimiento, roba la paz de la conciencia, hace tristes los días de la vida, y destierra del alma todo contentamiento y alegría" (Fray Luís de Granada). "Ví y observé a un niño envidioso; todavía no hablaba y ya miraba lívido y con rostro ceñudo a su hermanito de leche" (San Agustín). "La envidia es la caries de los huesos" (Prov 14,30). Siempre recelosa. Hasta en el terreno sobrenatural de las vocaciones. Se mira todo a nivel humano de competencia. Me quitarán las que tengo, me disputarán las que quiero conseguir.

6. En la Escritura podemos encontrar resonantes historias de envidia y sus consecuencias, desde el diablo en el paraíso, la de Caín contra Abel, la de los hermanos de José, la de Saúl contra David, y la de los jefes religiosos contra Cristo. "Si un hombre reuniera la hermosura de Absalón, la fuerza de Sansón, la sabiduría de Salomón, las riquezas de Creso, la elocuencia de Homero, la fortuna de Julio César, la vida

de Augusto, la justicia de Trajano y el estilo de Cicerón, téngase por seguro que no será de gracias tan dotado, cuanto será por los envidiosos perseguido" (Antonio de Guevara). Fray Luís de León, dejó escritos en la pared de la cárcel, unos versos, universalmente conocidos: "Aquí la envidia y mentira / me tuvieron encerrado; / dichoso el humilde estado / del sabio que se retira / de aqueste mundo malvado, / y con pobre mesa y casa / en el campo deleitoso, / con solo Dios se compasa / y a solas su vida pasa, / ni envidiado ni envidioso".

7. Apenas se comienza una obra de Dios, se moviliza en contra la envidia. Los que menos ayudan, y más la dificultan, son los que más debieran ayudar y hacer espaldas: La historia nos dice, que Teresa de Jesús, de quien más tuvo que sufrir fue de los obispos: Arzobispo de Burgos, y de Sevilla, entre otros, y no digamos de los superiores de su propia Orden.

8. En Juan no hay ni pizca de envidia. Según Aristóteles la envidia se da entre iguales. Juan es un profeta, habla en nombre de Dios, su tema es la religión. Llega Jesús, que es el Hombre de Dios, cuyo tema es la religión. Cuando empieza a predicar y a hacer milagros, los hombres que manejaban la religión: los sacerdotes, los sanedritas y rabinos, no sólo no se pondrán de su parte y le ayudarán, sino que le perseguirán hasta crucificarle. ¡Qué diferente la conducta de Juan!

9. Por eso su alegría es constante. Juan se alegra de las obras de Jesús. Y, aunque siempre es doloroso que le dejen a uno sus propios discípulos, no impide que Juan y Andrés, se vayan con el Cordero de Dios profetizado... Quiere darles oportunidad a sus discípulos de que le sigan. Ama de veras. Los envidiosos no aman, se aman a sí mismos, o a su institución. Los amigos verdaderos buscan el bien para sus amigos, y les ayudan a alcanzar el triunfo, y se alegran de que lo consigan. ¡Si todos los cristianos se hubieran portado así y viviéramos ahora así, cómo habría avanzado y crecería el Reino de Dios! Y cuando no se obra así, es porque no hay caridad "que no es envidiosa" (1 Cor 13,4).

10. Si Juan quiere recibir una garantía que acredite que aquél de quien le llegan noticias tan prometedoras es el Mesías esperado, es para darles seguridad a sus discípulos y para curarles su estrechez de miras y su envidia. El sabía que el Cordero de Dios era la culminación de la esperanza de Israel. Pero tiene que pasar su noche, que le atormenta y busca más seguridad. Y les envía a que le pregunten: ¿Eres tu el que ha de venir...? El sabe que después de tantos siglos de espera, ha llegado ya la hora de poder decir como el anciano Simeón, "ahora Señor, puedo morir en paz, porque mis ojos han visto al Salvador". Quiere encontrar la seguridad de que él cierra el tiempo propedéutico, de preparación, dando paso al odre nuevo para el vino nuevo.

11. Jesús no responde con palabras. Responde con sus obras. Decidle a Juan lo que estáis viendo y oyendo: sordos que oyen, ciegos que ven, cojos que caminan, muertos que resucitan, leprosos que quedan limpios, pobres que son evangelizados... Luego éste es el tiempo mesiánico, anunciado por los Profetas. Yo soy el Mesías. Y dichoso el que no se sienta defraudado por Mí Mateo 11, 2. Luego está llegando el Reino de Dios. Las grandes personalidades, conscientes de que su mensaje y su acción son auténticos y seguros, no tienen necesidad de

hacer promesas, que después no van a cumplir. Responden con hechos, con obras, con autenticidad. No trabajan de cara a la galería, ni para salir en la foto.

12. Dios viene en Jesús a curar, a consolar; su llegada es motivo de alegría, de esperanza; ahí están los ciegos, con la vista recobrada, los cojos, que pueden caminar. Los pobres, evangelizados. Esas madres que lloran a sus pequeños hijos, los pobres muertos en los terremotos en los tornados...El Padre en Jesús, se compadece de los sufrimientos de sus hijos, y está con ellos, le duelen sus fatigas, le cuesta su muerte. Toda una situación de cambio, de salud, de depresiones aliviadas y, sobre todo, de la liberación del pecado.

13. Consolar, alentar, animar, estimular. Esa es la misión de los que poseemos la luz del Evangelio. Ante las dificultades de los matrimonios, tengamos palabras de fe en Jesús, que puede hacer reverdecer la novedad. A las madres o esposas, o padres, que lloran la desaparición de sus hijos, o esposos, ofrezcámosles el regalo de las palabras de Isaías: "Sed fuertes, no temáis".

14. Gracias, Señor. En medio de un mundo difícil y duro, de zancadillas e injusticias, esperamos la floración de la justicia, "el Señor hace justicia a los oprimidos, endereza a los que ya se doblan por el peso del trabajo, de los disgustos, de la ancianidad" Salmo 145. Señor, cumple lo que nos has prometido. Danos fortaleza y valentía en los momentos de debilidad y de cansancio. Y te rogamos por todos los que están desanimados y deprimidos, y te pedimos que les robustezcas y les consueles.

15 ¡Ven, Señor, Jesús! Lo diremos con fe después de la consagración. Pongamos toda nuestra alma en esa oración. Juan estaba en la cárcel, por su entereza. Hoy, que la gente tiene tan poca valentía. En que la tierra que engendró el Quijote, se ha convertido en tierra de Sancho Panza, pero sin su sensatez y cordura. Volvamos a los orígenes de nuestro idealismo, capaz de ir a anunciar el Evangelio a todas las gentes. Siempre los tiempos de prosperidad engendraron molicie y tibieza. Quiera Dios que sepamos reflexionar.

16. Colaboremos con paciencia, venciendo con ella las dificultades interiores y las exteriores, para que vaya creciendo el Reino, aunque sea a costa de nuestro orgullo. Es necesario que yo disminuya para que él crezca, decía Juan. Es necesario el ejercicio de la paciencia en la siembra de la semilla del reino, como le es necesaria al labrador que aguarda paciente el fruto de la cosecha (Santiago 5,7). Es necesaria la paciencia para no dejarse abatir por la tristeza mientras dura el tiempo de la germinación. Tras la hibernación vendrá la primavera de la floración, el verano de la maduración y el otoño de la lograda cosecha. Y si los frutos no aparecen, "tomad como ejemplo de sufrimiento y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor", que habiendo sembrado con lágrimas, murieron sin ver el fruto de su siembra. Otros cosecharán lo que vosotros habéis sembrado. Uno es el que siembra y otro el que siega (Jn 4,37).

17. Sencillez. Humillación. Cruz. Como Jesús, su prolongación que es la Iglesia, no puede omitir la atención a todos los marginados del mundo. Y esa será la señal de su autenticidad. La Iglesia, como Jesús, ha de ser la más pequeña. Tan pequeña como la eucaristía que vamos

a comer. Sabiendo que "el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que Juan Bautista" porque más que el carisma, vale la integración vital al Reino por la gracia de Cristo, cuya venida estamos preparando en adviento.

JESUS MARTI BALLESTER.

JESUS MARTI BALLESTER

www.jmarti.ciberia.es

jmarti@ciberia.es

Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

www.caminando-con-jesus.org

p.s.donoso@vtr.net